

## Política del caos en el pensamiento epistémico caribeño de Antonio Benítez Rojo

CAMILO MORÓN CASTRO  
UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO

IVÁN DARÍO MORENO ACERO  
UNIVERSIDAD DE LA SABANA

### Introducción

El problema que queremos abordar en la presente investigación tiene que ver con la búsqueda de un concepto de la identidad política en el libro *La isla que se repite: el caribe y las perspectivas posmodernas* (1998) y en el ensayo *Tres palabras hacia la criollización* (2005) de Antonio Benítez Rojo. La idea es examinar la política del caos en el pensamiento epistémico y en esta medida, establecer una ruta que partiendo del caos como concepto unificador, nos guíe por la idea de la identidad caribeña; expresada en diversas manifestaciones que se gestan en el sincretismo y la inestabilidad de sus productos culturales. También, exploraremos el concepto de plantación como una idea fragmentaria de una galaxia minúscula que crece en torno al control social y político. Por último, afrontaremos los ritmos y poliritmos del Caribe para explorar en torno a unos puntos de encuentro, unas pistas perdidas en torno a la paradoja irresoluta del caos en la identidad política fragmentada del Caribe.

### El caos

Entender cómo se construye un sistema político de las sociedades insulares y continentales que conforman el Caribe en un ordenamiento holístico propio de los sujetos es uno de los grandes retos que se propuso Antonio Benítez Rojo. Ya que esta premisa de estudio corresponde a las necesidades y elementos identitarios, que parten del conjunto de hechos y sentires caóticos, que han configurado su historia. Así, como el tejido configura el entramado que compone su comunidad de vida, sus grupos sociales y humanos. A este mismo ámbito de la vida, que se remite con sus pensamientos, sus palabras, sus movimientos polirítmicos y su carisma. Es decir, que el caos se manifiesta con cada una de las situaciones que se propician en su interior y que se hacen latentes en el modo en que se construye una realidad social.

El caos es un principio epistémico. Un movimiento desde el que se comprende la configuración de una comunidad de vida. Una ventana de observación que capta la tensión de fuerzas, en el choque discontinuo de dinámicas las históricas, de los hechos fortuitos y azarosos, que dan origen a un mundo; un conglomerado humano, un bricolaje con su propio sistema de símbolos, de significados y significantes, de creencias y epistemes. Este concepto es explicado por Antonio Benítez Rojo (2005), como:

El campo de la observación de Caos es vastísimo, puesto que incluye todos los fenómenos que dependen del curso del tiempo; Caos mira hacia todo lo que se repite, reproduce, crece, decae, despliega, fluye, gira, vibra, bulle: se interesa tanto en la evolución del sistema solar como en las caídas de la bolsa, tanto en la arritmia cardíaca como en las relaciones entre el mito y la novela. Así, Caos provee un espacio donde las ciencias puras se conectan con las ciencias sociales, y ambas con el arte y la tradición cultural. Por supuesto, tales diagramas suponen por fuerza lenguajes muy diferentes y la comunicación entre ellos no suele ser directa, pero, para el lector tipo Caos, siempre se abrirán pasadizos inesperados que permitirán el tránsito entre un punto y otro del laberinto (p. 17).

El caos es un punto de observación que opera como un *aleph* borgiano. Como un sistema de observación y juicio, en el que confluyen las laberínticas situaciones y las dinámicas históricas que dieron lugar a una expresión social

única y genuina. Es un punto de observación privilegiado que puede ser testigo de todo lo que confluye y se refleja: “lo marginal, lo residual, lo incoherente, lo heterogéneo o, si se quiere, lo impredecible que coexiste con nosotros en el mundo de cada día” (Benítez, 2005, p. 17). A partir de este movimiento reflejo, se aprehende que el choque contradictorio entre las fuerzas del azar, no da lugar a la nulidad, sino al origen de formas arquetípicas de vida, de sistemas de pensamiento y posibilidades de semantización del mundo.

En el caos existen pasadizos inesperados: “estados o regularidades dinámicas que se repiten” (Benítez, 2005, p. 16), y que se pueden tomar para construir relatos pletóricos de sentido. No un único relato, sino relatos explicativos que sirven para debelar la naturaleza contradictoria de nuestros orígenes. En el caos no hay un solo discurso o vía: “las cosas coexisten sin referirse a un centro organizador común, a un origen, a un logos, a un universo, a la utopía que construimos con el relato hilvanado por nuestros deseos y con el discurso del lenguaje” (Benítez, 2005, p. 171). En el caos hay infinitud de posibilidades y situaciones que son y no son, situaciones límite, pero quien encuentra un hilo y descifra un sentido del des-orden es el observador-investigador, atento que le da preeminencia y valor a una constante, es decir, a una regularidad, que él cree que puede seguir y tomar como explicativa de uno de los tantos rasgos de la identidad Caribeña, Benítez Rojo (1998) nos dirá que:

Para el investigador empeñado en hallar especificidades culturales que sirvan para diferenciar las distintas regiones del globo, la perspectiva de Caos ofrece grandes ventajas; su manera de mirar hacia la turbulencia y el ruido en busca de dinámicas repetitivas provee modelos que permiten apreciar que la fuga ad infinitum de significantes no es totalmente desordenada ni tampoco absolutamente impredecible, sino que responde al influjo de grandes sistemas (p. 413).

La mirada al caos nos abrirá a la posibilidad de entender qué es el Caribe, cómo se ha constituido, qué dinámicas históricas y qué choques de fuerzas dieron origen a una sociedad sin centro; a una sociedad con miles caminos laberínticos y dinámicas culturales diversas que no se pueden explicar y, por lo tanto, reducir alrededor de una sola definición. Esto implica que no hay una sola respuesta, implica que se puede encontrar un punto de

convergencia, un punto de observación y comprensión de lo que es el Caribe, pero no de explicación, ya que explicar es reducir a su máxima expresión, un fenómeno confuso o un sistema de cultura ambiguo y complejo, que no soporta el rigor de la abstracción a una mínima expresión.

## La plantación

Para Antonio Benítez Rojo un punto de convergencia o una constante que se repite en el caos y que facilita la comprensión de lo que es el Caribe se halla en el macrosistema de la plantación, “el cual explica la continuidad de una música, una literatura y un arte de formas similares” (Benítez, 1998, p. 413). La plantación es ese punto de convergencia de caminos y laberintos, es el *Aleph* borgiano que facilita la exploración de la “paradójica cultura” (Benítez, 2005, p. 201) que es el Caribe. Es un punto de observación de lo ambiguo, de lo contradictorio, de una cultura esquivada que se niega a ser nominada a través de una única premisa.

Una cultura sinuosa donde el tiempo se despliega irregularmente y se resiste a ser capturado por el ciclo del reloj o el del calendario. El Caribe es el reino natural e impredecible de las corrientes marinas, de las ondas, de los pliegues y Repliegues, de la fluidez y las sinuosidades. Es, a fin de cuentas, una cultura de meta-archipiélago: un caos que retorna, un *detour* sin propósito, un continuo fluir de paradojas; es una máquina *feed-back* de procesos asimétricos, como es el mar, el viento y las nubes, la Vía Láctea, la novela uncanny, la cadena biológica, la música malaya, el teorema de Gödel y la matemática fractal (Benítez, 2005, p. 26).

Al Caribe no se le puede explicar *a priori*, ya que sería una labor accidental que excluiría los hechos y fenómenos que convergieron y chocaron para dar lugar a un sistema social paradójico. Al Caribe solo se le podría comprender *a posteriori*, desde hechos disruptivos, desde los eventos discontinuos que convergieron en un conjunto continuo de islas y bordes geográficos que se desvanecían en el mar (Benítez, 1998, p. 388). Los eventos fortuitos son los hechos aparentemente desconectados e ilógicos, que se activaron con la llegada de Cristóbal Colón al espacio geográfico, que

ahora se conoce como América, con el viejo nuevo mundo se da la aparición e implementación de un sistema global de mercado, la ampliación de los sistemas políticos y sociales coloniales. La transformación y masificación de los sistemas de producción y explotación mineras y agrícolas. La implementación de sistemas de esclavización mundiales y transcoloniales. La construcción y justificación de un sistema de desarrollo con un sentido de otredad restringido y funcional para su uso como máquinas-cuerpos, entre muchos otros hechos, con los que se creó y se puso a funcionar la máquina plantación.

La máquina que Cristóbal Colón armó a martillazos en La Española era una suerte de *bricolage*, algo así como un *vacuum cleaner* medieval. El plácido flujo de la naturaleza isleña fue interrumpido por la succión de su boca de fierro para ser redistribuido por la tubería trasatlántica y depositado en España. Cuando hablo de naturaleza isleña lo hago en términos integrales: indios con sus artesanías, pepitas de oro y muestras de otros minerales, especímenes autóctonos de la flora y la fauna, y también algunas palabras como tabaco, canoa y hamaca. Todo esto llegó muy deslucido y escaso a la corte española (sobre todo las palabras), de modo que nadie, salvo Colón, se hacía ilusiones con respecto al Nuevo Mundo. El mismo modelo de máquina (piénsese en una herrería llena de ruidos, chispas y hombres fornidos llevando delantales de cuero), con algún crisol de más por aquí y algún fuelle nuevo por allá, fue instalada en Puerto Rico, en Jamaica, en Cuba y en algunos miserables establecimientos de Tierra Firme. Al llegar los años de las grandes conquistas —la caída irrecuperable de los altiplanos aztecas, incas y chibchas— la máquina de Colón fue remodelada con premura y, trasladada a lomos de indio por cordilleras y torrentes, fue puesta a funcionar enseguida en media docenas de lugares. Es posible determinar la fecha de inauguración de esta máquina. Ocurrió en la primavera del año 1523, cuando Hernán Cortés, al control de las palancas y pedales, fundió parte del tesoro de Tenochtitlán y seleccionó un conjunto de objetos suntuarios para ser enviado todo por la tubería trasatlántica (Benítez, 2005, p. 20).

Cristóbal Colón y Hernán Cortez introdujeron en el Caribe una máquina destinada a la producción y explotación de los bienes materiales y espirituales sobre los cuales descansaban los pueblos originarios; le dio valor económico a lo que antes poseía un valor estrictamente espiritual y cultural.

El nuevo valor que la máquina le dio a esos bienes desestabilizó complejos sistemas sociales que se habían construido a lo largo de más de cinco mil años, pero también logró que aparecieran otros aún más complejos. Fue una máquina, que en medio de la destrucción que generó, facilitó el reencuentro de viejos conocidos, de los caminantes de antaño, que un día partieron desde Asia y África, para no volver y perderse en el entramado de caminos que se iban construyendo en el mundo.

Volviendo a *La Isla que se repite* (1998), observamos que la primera máquina nefasta y defectuosa de poder, colonización, destrucción y fundación de nuevos horizontes y sistemas culturales, devino, con los pertinentes cambios “tecnológicos y ampliaciones sorprendentes” (Benítez, 1998, p. 21), en la gran máquina americana. La gran máquina americana que daría origen al Caribe, de acuerdo con Benítez Rojo, fue perfeccionada por Pedro Menéndez de Avilés, quien la instaló en el Caribe: “era una máquina integrada por una máquina naval, una máquina militar, una máquina burocrática, una máquina comercial, una máquina extractiva, una máquina política, una máquina legal” (Benítez, 1998, p. 22), es decir, un complejo de estrategias y estructuras políticas y poder que tenían como eje transversal convertir cualquier transacción o práctica cotidiana en mercancía y por ende, en dinero.

La instalación y posterior perfeccionamiento de esta máquina que permitió el flujo de dinero, poder y riquezas para Europa y la interrupción, desestabilización y creación de otras-nuevas formas de vida en el nuevo-viejo continente, tomó la forma de plantación de producción de azúcar, tabaco y pieles. En el ensayo *Tres palabras hacia la criollización* (2005), Benítez Rojo se refiere al concepto de plantación y su relación directa con la teoría del caos, al decir que: “Pudiera decirse, entonces, que la plantación se repite a sí misma sin cesar en los diferentes estados de criollización que surgen aquí y allá en el lenguaje de la música, en el baile y la literatura, la comida y el teatro; en resumen: el carnaval” (Benítez, 2005, p. 65). Volviendo a *La Isla que se repite* (1998), en el interjuego paradójico-caótico, la misma máquina que para un lado producía placer y salud, para el otro producía muerte y destrucción (Benítez, 1998, p. 94); la máquina maravillaba y asqueaba.

Puede decirse que la historia del Caribe, en buena medida, es la historia del sistema de plantación en el Nuevo Mundo, pues las metrópolis

que ejercieron su poder económico en el área organizaron los diversos territorios, bien insulares o continentales, de acuerdo con sus propios fines de lucro, y en el Caribe no había otro negocio más lucrativo que el de la plantación (Benítez, 1998, p. 243).

La plantación detalló el rostro del Caribe. Mejor aún, lo marcó y desfiguró. Para Benítez Rojo, la plantación es nuestra vieja y paradójica patria (Benítez, 1998, p. 396). La fuerza que despertó, la forma en que transformó el territorio, en que exterminó a los grupos indígenas y la forma en que creó nuevas sociedades de esclavos y de expresiones sincréticas, con las que se pudo expresar el malestar, la alegría de estar en el mundo y sus misterios es lo que dio lugar a la identidad caribeña. La plantación fue el centro del proceso de colonización en el Caribe, hasta allí se puede rastrear el paradójico comienzo de la identidad caribeña, “allí coincidieron y estallaron los orígenes de lo caribeño” (Benítez, 1998, p. 404).

La plantación es el parámetro para analizar al Caribe (Benítez, 1998, p. 54), ya que es un punto de observación desde el que se pueden captar y valorar los cambios que acaecieron en todo el territorio. La plantación y sus dinámicas de cultivo, producción, explotación-muerte y negociación, se repitieron en todo el Caribe. Benítez Rojo insiste en que el poder de tal sistema de producción es tan enérgico y violento que sus efectos sobreviven a los cambios políticos, a los cambios naturales y económicos, a las dictaduras y revoluciones.

La máquina del ingenio, una vez instalada y puesta a funcionar en grande, es indestructible a corto plazo, pues aun cuando resulte parcialmente desmantelada, su impacto transformador la sobrevivirá por muchos años, y su huella quedará inscrita en la naturaleza misma, en el clima, en las estructuras demográficas, políticas, económicas, sociales y culturales de la sociedad a la cual algún día se acopló [...] una gran cantidad de individuos vive atrapada indefinidamente en la red azucarera bajo el control de los grupos sucesivos que capturan el poder (Benítez, 1998, p. 161).

Ayer la plantación perteneció a España, luego a Francia, Bélgica, Inglaterra, luego a Norte América, a los dictadores y a los revolucionarios (Benítez, 1998, p. 144), es un sistema que cambia fácilmente de administrador,

pero no de lógica, su lógica de producción le impide cambiar el esquema bajo el cual se conformó. Es una máquina que en su función económica es rígida, aunque sus entramados no lo sean y se actualicen de manera infinita. La justificación ideológica de su valor estratégico para el desarrollo del Estado Nación varía según quien detente el poder y administre la máquina-plantación; a quien maneje la complicada trama de sistemas con los que se crea mercancía, se genera la ganancia y se produce el dinero.

## El sincretismo del caos

La plantación como sistema de producción y escenario de encuentro y desencuentro de sistemas culturales, fue un agente de aculturación, es decir, de africanización (Benítez, 1998, p. 85). Los esclavos arrancados de África, de cientos de subsistemas culturales y sociales, se encontraron y mezclaron con españoles, belgas, ingleses, portugueses, alemanes, holandeses, indios, asiáticos e indígenas, el encuentro suscitó una hibridación cultural que configuró y dio lugar al Caribe (Benítez, 1998, pp. 238-239). El punto de encuentro fue la plantación, un lugar de llegada, pero también de partida. Un lugar de muerte, pero también de creación y fijación de lazos comunicativos que no rompería ni ha roto la violenta jornada de casi cuatrocientos años. Lazos comunicativos que se expresaron por medio de sincretismos. De sumas y restas armónicas.

El sincretismo devino en un encuentro racial, social y cultural, en el que el principal valor era la interminable búsqueda del ideal utópico de la coexistencia (Benítez, 1998, p. 74). Una performance coexistencial, que se expresó, por medio de vehículos insospechadamente magníficos, en los cuales el dolor y la carga del trabajo, se transformó en una expresión estética musical, danzaria, económica, política y religiosa (Benítez, 1998, p. 196). La plantación generó un choque cultural creador y caótico, un choque del cual emergió una multiplicidad de dogmas de fe y formas de vida y construcción del territorio, todas ellas contradictorias, pero válidas; multiplicidad de caminos laberínticos que algunas veces confluyen y otras se alejan.

Caminos de encuentro y desencuentro como el de la Virgen de la Caridad que se les apareció a tres pescadores humildes: Juan Criollo, Juan

Indio y Juan Esclavo, a tres personas con orígenes diferentes y, por lo tanto, con tres diferentes maneras de entender y vivenciar, es decir, de significar este hecho; “de este modo la Virgen de la Caridad representó desde el inicio un espacio mágico o trascendental al cual se conectaban los orígenes europeos, africanos e indoamericanos de la población de la zona” (Benítez, 1998, p. 73). Este fenómeno va a representar la inserción y legalización de la santería al lado del catolicismo como religión nacional, una virgen que a la par de ser negra, tendrá su lugar en la santería como Oshun.

Otro camino que se alimentó de esta distopía fue el que se dio en el ámbito culinario, en el que se mezclaron sabores, creencias y técnicas, un camino que pudo y podrá expresar formas y tradiciones educativas y sociales de cuidado y mantenimiento de la unidad social y política de la comunidad, pues cocinar era más que poner al fuego, era o es, la oportunidad de encontrarse y compartir educativamente los eventos del día, de repasar y tomar una postura política frente al rumbo que seguía la sociedad (Benítez, 1998, p. 73).

La máquina-plantación es en el mar caótico de corrientes y contracorrientes históricas, de choques y armonías sincréticas, el punto de partida para pensar y deconstruir la identidad caribeña. Esa identidad que se interconecta en las máquinas que compusieron la gran máquina, pues la plantación fue un principio de ordenamiento y configuración del territorio, pero también fue un sistema que aglomeraba una industria de producción agrícola, que se ubicó en cada isla-archipiélago-playa que se iba colonizando. En *Tres palabras hacia la criollización* (2005), Benítez Rojo define cual fue el puente que conectó y configuró al Caribe, ese conjunto geográfico discontinuo (Benítez, 2005, p. 16) y caótico:

Si alguien exigiera una explicación visual, una gráfica de lo que es el Caribe, lo remitiría al caos espiral de la Vía Láctea, el impredecible flujo de plasma transformativo que gira con parsimonia en la bóveda de nuestro globo, que dibuja sobre éste un contorno «otro» que se modifica a sí mismo cada instante, objetos que nacen a la luz mientras otros desaparecen en el seno de las sombras; cambio, tránsito, retorno, flujos de materia estelar [...] el Caribe es un mar histórico-económico principal y, además, un meta-archipiélago cultural sin centro y sin límites, un caos dentro del cual hay una isla que se repite incesantemente —cada copia distinta—, fundiendo

y refundiendo materiales etnológicos como lo hace una nube con el vapor del agua (pp. 18-24).

A partir de la máquina productora de café, azúcar, tabaco, cueros, muertes, sincretismos y nuevas comunidades, el Caribe se configuró en un caótico sistema social, interconectado con un conjunto de elementos trágicos y transgresores, excesivos y sobrecargados de libido (Benítez, 1998, p. 347). “Lo caribeño es un sistema lleno de ruidos y opacidades, un sistema no lineal, un sistema no predecible, en resumen, un sistema caótico más allá del alcance total de cualquier tipo específico de conocimiento o de interpretación del mundo” (Benítez, 1998, p. 350). El Caribe, tal y como diría Carpentier (2004), se configura como un espacio para “lo real-maravilloso”; en un espacio imposible en el que, en el des-orden, se trenzan redes poéticas trágicas pero también alborozadas, rebosantes del deseo por contar rítmicamente la historia del despojo, de la esclavitud, de la muerte, del amor y sobre todo, en la reafirmación de la vida.

## El Caribe y la identidad caribeña

El Caribe se conformó como un performance de nacionalidades y expresiones de mundo, que comparten una tonalidad policromática de pieles que refleja la identidad del pueblo caribeño. A este respecto dirá Benítez Rojo que es un color: “no institucionalizado, no legitimado por la estirpe [...] un color que no es el del *Yo ni tampoco el del Otro*, sino una suerte de tierra de nadie donde se lleva a cabo la batalla permanente por la fragmentada identidad del Ser Caribeño” (Benítez, 1998, p. 241). El contexto del Caribe es una tonalidad que une y diferencia, que explica la diversidad de lugares de génesis y desarraigos, pero que a la vez conforma nuevos horizontes y comunidades de vida, en los lazos del parentesco y la imbricación-superposición de identidades y sentires. La piel es una regularidad (Benítez, 1998, p. 280) que une y separa al Caribe de sí mismo y del mundo. Escribe Benítez Rojo, “ningún caribeño que desee ser caribeño tiene un nombre verdaderamente suyo, de la misma manera que su piel no pertenece a una raza fija” (Benítez, 1998, p. 400).

La identidad caribeña con sus tonalidades y sincretismos, se ha constituido desde una multiplicidad de formas estéticas que expresan, con

su lenguaje simbólicamente cargado y sencillo, de lo que se es, en tanto nos constituimos como caribeños. Sobre este aspecto Benítez Rojo señala que:

Podemos decir que la performance caribeña, incluso el acto cotidiano de caminar, no se vuelve sólo hacia el performer sino que también se dirige hacia un público en busca de una catarsis carnavalesca que se propone canalizar excesos de violencia y que en última instancia ya estaba ahí. Quizá por eso las formas más naturales de la expresión cultural caribeña sean el baile y la música populares; quizá por eso los caribeños se destaquen más en los deportes espectaculares (el boxeo, el base-ball, el basketball, el cricket, la gimnasia, el campo y pista, etc.) que en deportes más recogidos, más austeros, donde el espacio para el performer es menos visible (la natación) o se encuentra constreñido por la naturaleza o las reglas del deporte mismo, o bien por el silencio que exige el público presente (el tiro, la esgrima, la equitación, el salto de trampolín, el tenis, etc.) (p. 37).

La identidad caribeña es un performance, un espectáculo carnavalesco cotidiano, en el que cada situación o movimiento expresa el golpeteo caótico de ritmos y poliritmos que fluyen en nuestro interior. Reconocer la identidad caribeña como un performance no implica otorgarle un valor exótico condescendiente y de segundo orden, pues es una situación que se piensa desde "allí", es decir, desde el performer; desde los sujetos que en la cotidianidad expresan y resignifican su lugar en el mundo, con su propio lenguaje y vehículos comunicativos. Cuando se valora la identidad caribeña como un performance, se le otorga sentido y valor a las formas cotidianas con que un sujeto se agencia, con que construye musical y teatralmente su territorio.

Tal performance que es la identidad caribeña, para Benítez Rojo se expresa en la misma cotidianidad de las ciudades, en los patios de las unidades habitacionales o en sus trabajos:

En realidad se trata de una abigarrada célula social, un denso melting-pot de culturas en el cual se cocinan religiones y creencias, nuevas palabras y pasos de baile, imprevistos platos y músicas. Aquí suele dominar la raza negra, pero casi siempre se encontrarán representantes de otras etnias e híbridos de toda índole. En modo alguno debe confundirse esta célula, este ombligo que se disemina por la ciudad, con las casas de inquilinato que proliferan

en las capitales del mundo. El yard o solar es el resultado de la plantación, y al mismo tiempo es la anti-plantación. Me explicaré. Este tipo de vivienda se organizó sobre la base de una población marginal de libertos, es decir, negros y mulatos que bien por haber comprado su libertad, por fuga, por manumisión o por cualquier otro motivo, se liberaba de la esclavitud y acudía a la ciudad para ganarse el sustento. Más tarde, el yard o solar dio cabida a los asiáticos —chinos, indios, javaneses— que habían cumplido sus contratos de trabajo y decidían permanecer en el Caribe; también dio cabida al «blanco pobre», al petit blanc de las colonias francesas, y a las sucesivas inmigraciones de portugueses, árabes, gallegos, judíos, eslavos, yucatecos, antillanos de otras islas, en fin, a todos aquellos que dejaban atrás el hambre, el pogrom, la guerra, la cárcel, las deudas, para probar fortuna en los puertos caribeños (Benítez, 1998, pp. 251-252).

La ciudad, los patios de juego y vida y las labores que suceden allí, son el escenario en que transcurre la vida, en que se hace evidente la puesta en escena del diario vivir y luchar, que es la faena cotidiana para mantener a flote su microsistema social. Lo que devino de la plantación fue un laberinto caótico de códigos (Benítez, 1998, p. 275); códigos con la capacidad de expresar, ya fuera en medio del ruido o el silencio, la pesada carga existencial que se oculta en los pliegues de la realidad caribeña. No hay un hecho único desde el cual se pueda expresar esta identidad, existen un conjunto de hechos caóticos que dan lugar al Caribe; los ruidos ensordecedores de la máquina-plantación, con sus gritos y barullo violento, ocasionó que los ritmos personales y cadenciosos se fortalecieran, que algunas voces se sumaran e hibridaran y que otras se callaran; la violencia del ruido de la máquina-plantación avivó los mitos, los rituales y las epistemes personales y comunes de los que habían sido despojados de su territorio.

## Ritmos y poliritmos

En un silencio forzado, de unos tratos horrendos y violentos, surgió una expresión rítmica que aprendió a expresarse con todo el cuerpo, con cada labor, en cada escenario cotidiano o en cada situación social. El ritmo es otro punto de encuentro de lo laberíntico, de la multiplicidad de significados

y significantes que hay en el origen del Caribe. Es un ritmo compuesto, contrapuntístico, polirítmico; interior y exterior (Benítez, 1998, p. 405). La vida y sus expresiones que se agitan en la cotidianidad caribeña es rítmica, en el des-orden se pueden captar, nos dice Benítez Rojo, diferencias y repeticiones, combinaciones y permutaciones, regularidades dinámicas acompasadas, en la que convergen lo europeo, lo criollo, lo mulato, lo africano, lo francés, lo asiático (Benítez, 1998, p. 105). Benítez Rojo emplea la definición ontológica de Léopold Senghor para definir el ritmo, eso que vibra en cada actividad social, cultural, política o religiosa del Caribe:

El ritmo es la arquitectura del ser, el dinamismo interno que le da forma. Es la expresión pura de la fuerza vital. El ritmo es el choque que produce la vibración. Es la fuerza que a través de los sentidos nos conmueve en la raíz misma del ser. El ritmo se expresa con líneas, colores, superficies y formas en la arquitectura, en la escultura o en la pintura. La palabra se muestra con sus acentos en la poesía y en la música, con los movimientos en la danza. Al hacer esto remonta todo lo espiritual. El ritmo ilumina el espíritu en la medida en que se materializa sensiblemente [...] Es el ritmo el que le da a la palabra la plenitud eficaz; es la palabra de Dios, es decir, la palabra rítmica, la que creó el mundo (Senghor, citado por Benítez, 1998, p. 105).

De acuerdo con Benítez Rojo, el ritmo: “hace a los caribeños estar «en un mismo bote», más allá de las separaciones impuestas por «la nacionalidad y la raza». Es el ritmo —no una expresión cultural específica— lo que confiere «caribeñidad»” (Benítez, 1998, p. 99). Es una regularidad comunicativa (Benítez, 1998, p. 33), intersubjetiva, que lleva al encuentro diferenciado y dialógico entre corrientes y contracorrientes históricas. Aquí hay una dialéctica creadora en la que no hay un diálogo racional, sino una concurrencia de ruidos que escuchados atentamente expresan y nominan un sentido identitario. Es un código poético que contiene mundos y expresiones reales y posibles de la realidad social dada y en construcción. Es un sistema de símbolos que comunica transgresoramente ideales de vida. Es decir, futuros posibles, pero a la vez, en un lenguaje pretérito, la vivencia del horror y del destierro, del esfuerzo y la repugnancia que hay en perder la vida en las fauces de la máquina-plantación-devora hombres.

## Conclusiones

El Caribe no puede ser entendido sin la mirada de caos. Sin sus choques y dinámicas que confluyen para crear una historia plural. Es necesario, entender que no hay que circunscribirse a una definición única, pues lo que nos demuestra Benítez Rojo es que estamos ante un pensamiento periférico, y desde los extremos se abren miles de caminos laberínticos por trazar y dinámicas culturales que convergen en un punto de divergencia que permiten entender el alcance y los logros de una condición política que enraza sus bases en la búsqueda de identidad de una cultura esquiva.

Una buena forma de entender el asunto sería desentramando la lógica que define conceptos como la plantación que es ese punto de convergencia de caminos y laberintos, de una cultura esquiva que se niega a ser nominada a través de una única premisa. Es una máquina que en sus entramados se actualicen de manera infinita; a quien maneje la complicada trama de sistemas con los que se crea tendrá a su disposición el poder y todos sus artilugios que a la vez que maravillan asquean. La plantación, es un lugar de llegada y de partida, de muerte y creación, de lazos comunicativos y de sincretismos, de choques y armonías sincréticas. Benítez Rojo apunta a descubrir que la plantación es el punto para pensar y deconstruir la identidad caribeña, centrada en la reafirmación de la vida por encima de la muerte y el despojo. Tal como él mismo lo definió en el ensayo *Tres palabras hacia la criollización*:

Sí, repito, la plantación es mi tierra nativa, antigua y paradójica: es la máquina que De las Casas describió, pero también es algo más: el centro del vacío de una galaxia minúscula que da forma a mi identidad. Allí, en su interior, no hay historias organizadas o árboles genealógicos; su explosión tremenda y prolongada ha proyectado todo hacia afuera. Allí, como un niño de la plantación, soy un mero fragmento o una idea que gira alrededor de mi propia ausencia, lo mismo que una gota de lluvia gira alrededor del ojo vacío del huracán que lo pone en marcha (Benítez, 1998, p. 63).

## Referencias

- Benítez Rojo, A. (1998). *La isla que se repite*. Barcelona: Casiopea.
- Benítez Rojo, A. (2005). Tres palabras hacia la criollización. En C. Lancelot, y B. Nina (comp.), *Voces y letras del Caribe*. Mérida: El otro y el mismo.
- Borges, J. (2015). *El Aleph*. Barcelona: Contemporánea.
- Carpentier, A. (2004). *América, la imagen de una conjunción*. México: Anthropos.

## Autonomía y locura civil: terreno para disputar desde las ciencias sociales y las humanidades

RUBÉN NILO

UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS (CHILE)

### Introducción

La presente reflexión parte de la idea ampliamente difundida respecto a la relevancia de los aspectos sociales en la etiología y tratamiento de los problemas relativos a la salud mental (OMS, 2006). La extensión actual de esta idea, sin embargo, no aparece sustentada de forma proporcional por investigación teórica y empírica desde las ciencias sociales. Una posible causa de esta situación, podría encontrarse en el hecho de que desde el siglo XVII los problemas relativos a la salud y la enfermedad mental han sido delegados a la medicina científica, permaneciendo hegemónicamente administrados por la psiquiatría, y en una estrecha relación con el ámbito jurídico y penal (Foucault, 1967; Basaglia, 1977; Pérez, 2010). En este binomio médico-legal, las preocupaciones relativas a los aspectos sociales involucrados en la enfermedad mental son a lo menos indirectas, requiriendo más bien de enfoques complementarios que permitan incorporar lo social en el discurso disciplinar psiquiátrico y legal.

Para un grupo minoritario de la sociedad, el discurso hegemónico sobre la salud mental en uso por parte del binomio médico-legal constituye no tanto un asunto teórico sino más bien un problema de justicia básica, ya que delimita de manera bastante definitiva no solo su calidad de vida, sino que sus posibilidades para el ejercicio de algo que parece tan básico como sus derechos de ciudadanía. Tal ha sido, y sigue siendo, la situación que